



Fig. 6. Nido de ametralladoras o puesto de tirador al sur del pico Ventoso (Castro Urdiales)

La Granja era la «llave» de la Línea del Agüera y por ello fue necesario dotarlo de medidas de defensa excepcionales.

Dejando en medio las abruptas e impracticables garras que conforman las laderas de La Peña (412 m), la línea continúa, en sentido norte-sur, por la línea de cumbres que divide los valles de Sámano, al este, y Guriezo, al oeste. Es más que probable que existiesen líneas de trincheras en las caras orientales de las cimas y partes más elevadas de las laderas de el Alto de la Mina (406 m), Monillo (468 m) y El Carrascal (517 m), aunque el uso forestal de la mayor parte de ellas hace imposible, de momento, mayores precisiones. Únicamente puede constatarse la presencia, en la ladera oriental del Monillo, de una línea de trinchera con parapeto.

A partir de la siguiente cima, tanto los altos que forman el cordal —Anguía (596 m), Pajares (608 m), Alto de Maya (595 m), Ventoso (727 m), La Parada (654 m), Las Losas (654 m) y Pico Betayo (748 m)— como algunos de los collados y zonas llanas situados entre ellos, cuentan con la presencia de fortificaciones de campaña: trincheras que combinan las formas onduladas y en zig-zag, parapetos, nidos de ametralladoras y pozos de tirador, refugios excavados en la roca, etc. La mayor parte de ellas fue diseñada para defender las posiciones de un ataque desde el valle situado a sus pies, al este, aunque algunas rodean las elevaciones, conformando puntos autónomos de resistencia. Otras, por su parte, cortan transversalmente la zona de paso en altura.

El número y la complejidad de los atrincheramientos aumentan progresivamente según avanza-

mos hacia el sur y nos acercamos a la línea de frente. Los casos más significativos serían los situados entre los picos Ventoso y Betayo. En el primero existe un gran atrincheramiento rectilíneo, de más de 300 m de longitud, que rodea la cima y la parte más alta de la ladera por sus caras este y sur; y del que salen, en la zona más accesible, varios ramales rematados en una estructura atrincherada de planta circular, destinada sin duda a ser utilizada como nido de ametralladoras o puesto de tirador. Hacia el sur, algunos de los túmulos prehistóricos que abundan en la zona fueron excavados y reutilizados como pozos de tirador y/o nidos de ametralladoras (Fig. 6). En el alto de La Parada, además de las trincheras que rodean la cima, existen al menos dos refugios con forma de pequeñas galerías excava-

das en la roca. Siguiendo por el cordal, en la zona situada entre La Parada y Las Losas se multiplican las estructuras, conformando una compleja red de trincheras conectadas entre sí. Este enorme dispositivo, excavado a lo largo de unos 700 m de superficie lineal, da paso a las fortificaciones de campaña del pico Betayo, situadas en primera línea de combate, frente al enemigo apostado en el Biroleo y Castro Alén. Los restos que se observan en la zona del Betayo son del mismo tipo de los anteriores, principalmente trincheras excavadas en tierra y roca, con parapeto construido con el material extraído en su excavación. Sin embargo, gracias al ya citado testimonio de J. M. García Hernández (García Crespo, 2006: 208), sabemos que en esas obras también se utilizó la madera. El uso de madera en este tipo de construcciones de campaña aparece atestiguado por el propio general Gámir cuando describe, someramente, las levantadas en Cantabria en 1937 y menciona el tipo de cubierta de los nidos de ametralladoras: «dos o tres capas de rollizos de 15 a 20 centímetros de diámetro, transversalmente dispuestos entre sí, y una capa de piedra y tierra formando una cubierta de 80 a 90 centímetros de espesor» (Aznar, 1969: 245). Con toda probabilidad, el resto de fortificaciones que conforman la línea, a excepción del fortín de Montealegre, se complementaban con este tipo de estructuras lígneas: tramos cubiertos de trincheras, refugios, parapetos a base de troncos, etc. Otros elementos perecederos que sin duda fueron empleados y que tampoco dejan ninguna huella arqueológica serían los sacos terreros, de cuyo uso en las trincheras existen numerosos testimonios gráficos de la época.